

antes que fuese rey. Esta vez, le dejaba obrar hasta el fin. Esperemos nosotros también, y miremos, antes de este fin, cuáles eran los efectos del triunfo de la razón pura en las costumbres.

¿Qué hacía en el mundo la castidad, esa virgen evocada del sepulcro por la doctrina católica? ¿Qué hacía? Mirad los palacios de los reyes cristianísimos; en el cuarto donde había dormido S. Luis, se hallaba acostado Sardanápalo. Stambul había visitado á Versalles, y se hallaba allí á su placer. Mujeres arrebatadas del cielo mas vil del mundo jugaban con la corona de Francia; descendientes de los cruzados poblaban con la adulación las antecámaras deshonradas, y besaban al pasar el traje reinante de una cortesana, llevando del trono á sus casas los vicios que habían adorado, el desprecio de las santas leyes del matrimonio, la imitación de las Saturnales de Roma, sazonadas con una impiedad que no conocieran los familiares de Neron. En lugar del arado y de la espada, no sabía manejar una juventud inmunda mas que el sarcasmo contra Dios y el impudor contra el hombre. A sus piés se arrastraba el estado llano, mas ó menos imitador de esta real corrupción, y lanzando en pos de ella sus hijos perdidos, como se lanzan en pos de los poderosos reyes de la soledad, los leones y sus iguales, las bestias mas pequeñas y mas viles que les siguen para lamer la sangre que ellos derraman.

Al fin brilló el día de Dios. El antiguo pueblo francés se conmovió de tanta ignominia; tendió su mano derecha, sacudió esta sociedad caída en la apostasía de la virtud, y la arrojó en tierra de un golpe, al asombro pueril de todos esos reyes que lisonjeaban á la razón dura. El cadalso sucedió al trono, segando con indiferencia todo lo que se le llevaba, reyes, reinas, ancianos, niños, doncellas, sacerdotes, filósofos, inocentes y culpables, envueltos todos en la solidaridad de su siglo y en su triunfo sobre Jesucristo. Una escena final terminó las represalias de Dios. La razón pura quiso celebrar sus nupcias, porque en el cadalso solo había celebrado sus esponsales; quiso ir mas lejos y llegar hasta sus nupcias. Abriéronse á sus órdenes poderosas las puertas de esta metrópoli; una multitud innumerable inundó su pavimento, llevando al altar mayor la divinidad que se le había preparado por espacio de sesenta años. ¿Diré su nombre? La antigüedad había tenido imágenes que exponían la depravación al culto de los pueblos; aquí estaba la realidad, el mármol viviente de una carne pública. Callo, Señores, y dejo á este gran pueblo adorar la última divinidad del mundo, y celebrar sin misterios las nupcias inmortales de la razón pura.

Fundación, reforma, transformación: Mahoma, Lutero y Voltaire, todo paró en el mismo resultado, en la ruina mas ó menos completa de la castidad. Cualquiera que ha tocado á la doctrina católica, cualesquiera que hayan sido sus votos y sus intenciones, ha tocado en el arca sagrada de la virtud. No quiero otras pruebas, para terminar, que vuestra experiencia personal. Yo os pregunto á todos, Señores: ¿no se ha deslizado el veneno del mal en vosotros con el veneno de la incredulidad? La aparición de este doble fenómeno ¿no es contemporánea en la historia de vuestra alma? ¿Os ha servido alguna vez el racionalismo contra vuestras pasiones? ¿No ha sido mas bien su excusa y su lisonja? La doctrina católica os había hecho castos; su abandono ha señalado vuestra caída, y siempre que, compadecidos de vuestro estado, aspirais á un día mas puro, yo os ruego de nuevo me digais, ¿á quién se dirigen vuestra esperanza y vuestras súplicas? Volveis los ojos hácia los tabernáculos en que habeis dejado recuerdos de paz y de honor; os volveis á la doctrina católica, á sus sacerdotes, á sus religiosos, á su confesión, á su santa mesa, á todos esos piadosos misterios cuya eficacia habeis experimentado. No quiero decir mas: confío á vuestro corazón esta observación postrera, y me apresuro á volver á las conclusiones de mi tesis.

Solo la doctrina católica produce en el alma, con exclusión de toda otra doctrina, el fenómeno completo de la castidad. Y la castidad no es una virtud mística, una virtud de claustro y de iniciados; es una virtud moral y social, una virtud necesaria á la vida del género humano. Sin ella, se marchita la vida en sus fuentes, se borra la belleza del semblante, se retira la bondad del corazón, se extinguen y desaparecen las familias, las naciones pierden gradualmente su principio de resistencia y de expansión, se extingue el respeto de la jerarquía en los escándalos; en fin, todos los males entran por esta puerta, por ella han pasado todas las servidumbres y todas las ruinas. Este es su camino real. Pero aun quiero mostraros, aunque brevemente, la necesidad de esta virtud bajo otro punto de vista, y no os admiraréis de que insista en ello, pues que mis deducciones deben apoyarse en estos dos puntos: que la castidad es una virtud necesaria, y no obstante, una virtud reservada por Dios á la acción de la doctrina católica.

Hay, Señores, en la economía política ó social una cuestión primaria, la del desarrollo comun y regular de la población. No quiero tratarla á fondo, y tampoco necesito hacerlo. Solamente os recor-

daré que los recursos de la naturaleza, en su mas ingenioso desarrollo por medio del arte y del trabajo, no están en proporcion con el acrecimiento de la poblacion abandonada á sus solos instintos. La Escritura nos dice que aun de las maldiciones de Dios contra el hombre despues de su caída, fué esta: « Multiplicaré tus partos; » y la realidad nos prueba que en efecto existe bajo este respecto una falta de equilibrio que necesita ser corregida. La servidumbre y la guerra de devastacion remediaban entre los antiguos este mal: la doctrina católica habia tambien provisto á él inspirando á las familias la estimacion, el respeto y la práctica de la castidad. Y lo habia logrado sin duda, pues que los economistas del último siglo la censuraban por mantener la poblacion en un nivel destructor de su verdadero desarrollo, y esta era una de las armas con que se minaba la existencia de las numerosas comunidades entregadas al celibato. Hoy, Señores, se ha vuelto esta arma contra sus autores. Las olas crecientes de la poblacion, de la concurrencia y de la miseria, advierten lo bastante á los hombres graves una gran dificultad social, dificultad acrecentada por los mismos beneficios de la civilizacion. La paz se asienta cada dia en el mundo; y tiende, como lo anunciaba mucho tiempo antes el profeta Isaiás, á hacerse aun mas estable y general. Al mismo tiempo la salubridad pública hace progresos; una administracion mas sábia aleja de nosotros no solamente la peste y el hambre, sino aun esas influencias sordas que minan lentamente la salud de las naciones. Todo concurre á aumentar la duracion média de la vida de los hombres, y ya, en cincuenta años, á pesar de largas guerras, ha visto la Francia seguir su poblacion con rapidez este movimiento ascendente. La division de las propiedades es otra de sus causas sensibles: procurando la comodidad y la seguridad á mayor número, les inclina á una paternidad mas confiada. Me límito á esta ojeada general, y me pregunto en dónde está el remedio de un exceso que parece previsto por todos. Uno hay demasiado conocido, sobrado practicado, que, por temor á la vida, la ataca en su origen, y sustituye á la castidad un remedio que satisface al egoismo y solo espanta á la virtud. Pero no podemos contar el crimen entre los medios de resolver lógica y moralmente los problemas de la humanidad.

Por otra parte, se cree entrever el deseo de poner condiciones á la libertad del matrimonio, y de hacer su santuario menos accesible al pobre. ¡ Pero el pobre! ; quién tiene mas necesidad que él del socorro y de las afecciones de la familia! Se halla solo en el mundo; no tiene

nada para los sentidos y la vanidad; habita una choza húmeda y miserable, en que no obstante puede penetrar el amor, porque el amor penetra en todas partes. Cuando tiene frio, toma á sus hijos en sus rodillas y conoce que es aun hombre, puesto que es padre. ¿ Le arrebatemos pues esta única alegría en nombre de la economía política? ; Haremos con él como el cazador, que arranca á la loba sus lobatos? Solo la religion tiene derecho, no de imponer, sino de pedir al hombre el sacrificio de su familia, porque Dios, que da solo esta vocacion, da al hombre que consiente en ella una madre, hermanos, hermanas, hijos é hijas.

La cuestion permanece en pié. Es manifiesto que, dejando á un lado el crimen, la guerra, la servidumbre y todos los azotes del mundo, permanece el género humano con una superabundancia de vida de que no podemos formarnos una idea, pues que pierde en la relajacion una inmensa cantidad de esta vida, cuyo resto aun le inquieta. ¿ Será pues preciso que la economía social llame en su auxilio al vicio y al crimen, y los declare protectores natos del género humano, su providencia necesaria, y el medio normal de la reduccion de su sangre á los límites de lo posible y de lo cierto? ; Cosa admirable! la vida nos estorba, y si alguna jóven cansada del mundo y despreciada en él lleva su virginidad á un claustro, y por su eleccion, por su gusto, porque le ha dado Dios un corazon capaz de vivir solo de él, va á ocultar en el trabajo y en la obediencia voluntarias la flor de su juventud, como la paloma que toma sus hijuelos debajo de sus alas y vuela con ellos á los bosques, ¿ se hallará una opinion bastante desnaturalizada para tachar de herejía política, de confiscacion de una cabeza en detrimento de la sociedad, esta fuga de una jóven doncella, que no tiene nada, que nada mas pide á los hombres que permanecer casta y ganar su pan en una comunidad de corazones semejantes al suyo? La vida nos estorba; quisiéramos reglar su carrera, se consiente que se pierda en la crápula, se la arroja al viento por el crimen; pero concentrarla por la castidad, condensarla en la fuerza de la virtud para que se deslice en el mundo por canales regulares, llenos y circunspectos, hé aquí la imperdonable pretension de una doctrina que todo lo invade. Se quiere el resultado material de la castidad, porque es necesario á la rotacion de la máquina social; no se quiere la virtud, porque la virtud viene de Dios, porque es el signo de Dios, y el mundo pone en el primer lugar de sus necesidades que no aparezca Dios con demasiada claridad.

Reasumo en fin, y concluyo. La castidad es una virtud necesaria al movimiento general del mundo, que no puede reemplazar su efecto para la distribución de la vida sino por la miseria, la servidumbre, el crimen y la inmoralidad. Retirad todas estas causas que mantienen tan bien como mal cierto nivel en el desarrollo de la población; retiradlas con el pensamiento, para establecer en seguida en su lugar un curso bueno y honrado de cosas, y llegaréis á esta conclusión: que está llamada á la continencia absoluta la tercera parte del mundo, y á la continencia moderada las otras dos terceras. Esta es la ley. Tarde ó temprano, Señores, recobrará su lugar la castidad en medio del mundo; recuperará sus derechos en él; se reedificarán y se honrarán sus altares; se reconocerá que no se puede vivir sin ella, y tal vez contribuirán á ello estas palabras que hoy pronuncio. Magistrados, legisladores, escritores, cualquiera que sea el papel que representeis algun día en la escena conmovida del mundo, ocasion vendrá en que sirvais la causa del género humano sirviendo la causa de la castidad voluntaria y fiel. Vosotros seréis fieles á ella, repudiareis la herencia de los siglos XVII y XVIII; estipulareis, como Gelon, en un tratado famoso para la humanidad, no la abolición, sino el restablecimiento del libre sacrificio de la sangre.

La castidad es una virtud necesaria á la humanidad; yo parto de este hecho. Ahora bien, la humanidad no posee esta virtud; la ha hollado á sus plantas hasta el advenimiento de Jesucristo, y siempre que ha querido tocar á la obra de Cristo por el mahometismo, el protestantismo ó el racionalismo, no ha conseguido mas que destruir mas ó menos la castidad, y aun renovar los espectáculos vergonzosos de las costumbres del paganismo. ¿Qué se deduce de aquí? Se deduce que el hombre no está en su estado verdadero, en su estado natural; porque no puede faltar nada necesario á un sér que se halla en la verdad de su naturaleza. Si el hombre no está en la verdad de su naturaleza, es que ha caído de ella; porque si no hubiera caído de ella, habria nacido fuera de la verdad de su naturaleza, fuera de su naturaleza misma, lo que no tiene sentido. El hombre se halla, pues, en el estado de decadencia, como se lo enseña la doctrina católica, y nada podria demostrárselo mejor que lo que experimenta cada día de esa parte envilecida y tiránica de su sér.

Pero además, y esta es mi segunda conclusión, pues que la doctrina católica restituye al hombre la castidad, no solamente relativa sino absoluta, síguese de aquí que la doctrina católica es reparadora

de la humanidad decaída, y reparadora por una fuerza sobrehumana; porque si tuviera esta eficacia en virtud de una fuerza humana, no la tendria ella sola. Lo que es humano, es del dominio del hombre. ¿Por qué el hombre no obtendrá el mismo resultado por ninguna otra doctrina? No ha sido sola la doctrina católica la que ha dicho al hombre que fuese casto; todas las doctrinas espirituales, y son muy numerosas, le dan la misma orden y el mismo consejo. ¿Por qué solo la doctrina católica agrega á su palabra una eficacia, una acción transformadora, que se hace sentir no solamente en la región del alma, sino que toca el sentido mas rebelde de todos, y le hace experimentar una obediencia que rechaza aceptándola? ¿Alguna cosa hay, pues, evidentemente que no es del hombre en el fondo de esta doctrina, única en sus efectos, y esta cosa que no es del hombre, no sé que tenga mas que un nombre: Dios!